

Capítulo 43 - El Sexto - El Último Orellen

- Capítulo 43 - El Sexto - El Último Orellen

Capítulo 43 - El Sexto - El Último Orellen

El barco que llegó al puerto de Granslip al atardecer no era notable. Era una embarcación pesquera, grande pero no lo suficiente como para considerarse un barco, especialmente en comparación con su vecino más cercano en el muelle: un carguero que flotaba alto en el agua, con un casco enorme hambriento del cargamento de grano que debía haber sido cargado hacía más de dos semanas.

Algunas cifras estaban equivocadas. De alguna manera.

En un país que proveía a sus vecinos con pan y carne de res desde hacía más de un siglo, este año los números no cuadraban.

La cosecha había sido pobre. Todos lo sabían. Pero los almacenes estaban más vacíos de lo que deberían. Los carros procedentes de las tierras agrícolas centrales, prometidos, no habían llegado. La línea de invierno, marcada en las paredes de los silos en la capital de Circon, no se había alcanzado.

Y así, los barcos aquí en el puerto de Granslip y en la costa este, en Tothsport, permanecían vacíos.

O se daban la vuelta y navegaban hacia otros destinos.

Los pescadores y pescadoras de la nueva embarcación escucharon susurros sobre esto mientras avanzaban hacia la ciudad. Eran mucho más extraños que el barco en el que habían llegado. Seis en total—tres hombres y tres mujeres. Vestían la ropa de sus oficios, atuendos sencillos de trabajo. Pero sus rostros estaban intactos por el sol o el viento. Sus manos no mostraban cicatrices de quienes trabajan con redes y líneas.

Si alguien les hubiera prestado mucha atención, quizás habría notado algo. Pero aquel día no era para desconfiar de caras nuevas. Era el solsticio de invierno. Las calles oscuras y vivas de festividades, a pesar de los rumores, y faroles del solsticio se encendían en las ventanas por toda la ciudad.

“Deja de mirar hacia el sur con esa expresión en la cara, Matthew,” dijo con dureza un hombre de cabello oscuro al miembro más joven del grupo.

“No molestes al niño por ello,” afirmó una mujer. “¿Qué daño hay en mirar?”

“Casi tengo dieciocho,” dijo el que llamaban Matthew, mirando otra vez hacia el sur con ojos del color de la miel. “Ya no soy un niño.”

“Vamos a hablar de otra cosa, hablemos de otra cosa,” dijo otro hombre en un tono calmado. “Hemos tenido un viaje difícil para llegar aquí, pero no hay razón para que nos alteremos.”

“Podríamos hablar sobre lo que las Acresses han hecho claramente,” murmuró el hombre de cabello oscuro.

“Shhh,” susurraron varios otros.

“Siempre supe que lo tenían en ellos,” dijo. “Son unos tramposos sigilosos para ser un montón de cultivadores.”

“Dicen que somos unos tramposos sigilosos para ser un grupo de mensajeros,” dijo alguien más con suavidad.

“Ya no lo son. Dicen cosas mucho peores que—”

“Sigue hablando en público y te terminarás metiendo en problemas,” murmuró una de las mujeres, mientras doblaban en una calle más ancha y próspera llena de gente. “Y juro por cualquier dios que realmente exista que me tomaré el tiempo para partarte los huevos antes de que nos quemen a todos.”

La larga noche había caído cuando llegaron a las iglesias de Clywing y Yoat, pero la calle estaba llena de personas llevando lámparas, velas y antorchas parpadeantes.

“Es una buena tradición,” dijo Matthew a la mujer que había defendido antes. “Iluminar la noche hasta el amanecer. Nosotros nunca hicimos eso.”

“No,” respondió ella. “No era algo así, aunque nuestro hogar no estaba muy lejos de aquí. Sin embargo, sí solíamos regalar regalos a los niños.”

“Libros nuevos. Y cristales para leer con ellos. Lo recuerdo.”

“Me alegro.”

Se separaron y se perdieron en la multitud, cada uno trazando su propio camino entre la multitud, acercándose por separado a una puerta lateral. Un sacerdote con ropas marrones abrió y cerraba la puerta para cada uno. Y los guiaba por una estrecha escalera hasta unas habitaciones ocultas.

Allí los esperaba un grupo de cuatro personas más, con sonrisas de alivio y bienvenida en sus rostros. Algunos eran viejos amigos, reuniéndose después de una larga ausencia, y se abrazaron con calidez.

Matthew se encontraba en la esquina, acurrucado bajo una viga baja, incómodo y tratando de ignorar las miradas que le dirigían las personas que habían estado viviendo allí, en la iglesia.

“¿Dónde está Lizen?” preguntó finalmente uno de los refugios de la iglesia.

“¿Ya no está contigo?” preguntó un falso pescador. “Se suponía que iba a llegar unos días antes que nosotros, al menos.”

Todos voltearon a mirarlo.

Él apartó la vista de ellos.

Una de las mujeres aclaró su garganta. “Estoy segura de que todo estará bien. Dicen que generalmente las cosas se arreglan.”

“Sin un mago, no podemos llegar al...destino designado.”

“Diez magos deberían ser suficientes.”

“No. Hay demasiados problemas en tu grupo. A menos...”

Cuatro pares de ojos volvieron a fijarse en Matthew. “Perdona si decepciono a unos parientes recién conocidos,” dijo con sequedad cuando las miradas no cesaron. “Una vez más, mi padre no tuvo hijos bastardos antes que yo, hasta donde sé. Realmente soy el sexto. Y solo soy un mago.”

Un par de ellos se mostraron ofendidos.

Él suspiró y se marchó antes de poder decir algo más.

Pensó que ya se cansarían de todo esto. Caminando sigilosamente por el pasillo estrecho hacia las escaleras. Pensó que se cansarían de querer algo de alguien que solo es promedio.

Un momento después, escuchó pasos retumbando sobre las tablas tras de él. Los ignoró y siguió caminando. Por la escalera que crujía, bajó por otro pasillo estrecho, torciendo y girando por pasadizos que no reconocía, en una iglesia que nunca había visto, en un país en el que nunca había puesto un pie.

Lo único que le resultaba familiar era la falta de familiaridad.

“¡Matthew, para!” llamó la mujer que había sido amable con él durante las últimas semanas. “El sacerdote dijo que debemos quedarnos en el ático.”

Un ático, pensó el joven, sin volverse. Realmente me gustan los áticos. Las bodegas son tan húmedas. Las posadas y casas de campo abandonadas se sienten tan expuestas. La casa de un amigo de un amigo de alguien siempre está llena de expectativas.

Quizá los áticos eran su lugar favorito para esconderse. Debería alegrarse de que tendrían que pasar más tiempo en aquel del que habían planeado.

Ella le agarró del hombro. “Toma—”

“Es Matthew,” dijo él, aún sin querer mirarla. “Hoy, estoy seguro de que cuando deje este lugar y abra mi próxima carta, cambiará a algo más emocionante. Antes me llamaban Velt. Ese nombre me gustaba.”

Ella resopló. “Sé que eres más joven y que tus circunstancias son distintas, pero a todos nos resulta difícil. Intenta tener algo de paciencia con—”

“Ustedes han vivido en el mismo lugar, con las mismas personas, durante los últimos seis años. Yo no he pasado más de dos meses en un solo sitio desde que tenía nueve años.”

Habló con demasiada dureza. Ella retrocedió alejándose de él.

—Lo siento —dijo él—. Has sido muy amable conmigo. Normalmente, los miembros de nuestra familia no son tan bondadosos como tú. Lo que para mí parece una vida de huida, para ellos parece un trato especial que no han ganado. Supongo que ambas cosas son ciertas.

Sus labios se apretaron. Luego dijo: —Personalmente, creo que todos deberían estar agradecidos de tener alguien como tú cerca. Al menos así podemos estar seguros de que no nos abandonarán.

Dobló rápidamente sobre su talón y se alejó con paso firme.

—Bueno —pensó Tomas Orellen mientras la veía partir—. Supongo que ya no seremos amigos.

Y qué bien, pensó. Dejó de intentar hacer amigos... ¿cuando tenía unos once años? Nunca los volvías a ver. Solo los extrañabas. ¿Cuál era el sentido de conocer a las personas sin fin, solo para perderlas sin fin también?

Se frotó la cicatriz en la palma de su mano izquierda, donde una hoja de metal había perforado su piel. Hace apenas unos días, llegó una carta y fue transportado a un lugar donde un sanador lo atendió.

Qué conveniente. Qué suerte.

Para alguien.

Hacía mucho tiempo que Tomas ya no era lo suficientemente infantil para pensar que esa suerte era especialmente para él.

Se anduvo sin rumbo hasta que llegó a la capilla principal. Estaba tan llena de cuerpos que parecía abrasadora, a pesar de que estaban abiertas las puertas y ventanas para dejar entrar la noche. La gente se acumulaba en el vestíbulo desde la calle.

En las escaleras del interior, niños con túnicas cantaban.

Qué bonito, pensó Tomas. Qué bella tradición.

Acumulaba tradiciones. Buscaba las mejores para celebrarlas a su manera. Quizá, si lograba unir las en muchas, podría vivir cada día en una y estas le darían un hogar a alguien que no tenía uno.

Las voces altas resonaban en el techo. Era una alabanza a Clywing y una declaración de fe en el amanecer que venía.

Tomas los observó durante horas. La multitud se movía. La gente llegaba y se retiraba. Pero la concurrencia no disminuía y el calor persistía. Los niños ya estaban sudorosos. De vez en cuando, pausaban el espectáculo para descansar, y con esperanza, estaban dándoles agua. Pero Tomas pensaba que los directores del coro estaban exigiendo demasiado. La primera fila, formada por los niños más pequeños, lucía tambaleante.

Ay, Dios, pensó, cuando de repente, un niño que solía cantar solitos se tambaleó y cayó. Su rostro estaba tan rojo como una cereza. Esa no puede ser buena señal para el invierno que se avecina. Trabajar demasiado a los niños de Clywing hasta agotarlos.

Hubo chillidos en el coro, y los directores, junto con una joven sacerdotisa, corrieron a ayudarlo. Ella agitaba un abanico para hacerle viento y, luego, lo arrastró apresuradamente fuera de las escaleras. La audiencia susurró. Algunos, con mala intención, se rieron. Los niños parecían desconcertados, sin saber qué hacer ahora que los tres adultos a cargo se apresuraban a desaparecer con el pequeño que había caído.

—¿Debería yo seguir cantando en su lugar? —preguntó uno de los niños de la primera fila, siguiendo a los adultos. —¿Ya que soy suplente?

No es de Circon, observó Tomas. No logró identificar su acento. Era generalmente bueno en eso, pero este era bastante marcado. ¿Quizá de alguna de las islas?

Era un poco más alto que los otros de la primera fila, quizás unos diez años. Sin embargo, era evidente por qué lo habían colocado allí. Tenía grandes ojos marrones y una melena de rizos oscuros y brillantes que llegaban hasta la barbilla, los cuales reflejaban la luz de las velas que llenaban la iglesia. Junto con las túnicas doradas y blancas, lograba dar la impresión de ser un joven inocente, un pariente lejano de la diosa rubia pintada en el techo de la capilla, en lo alto de todos.

No se ven muchas personas con cabello como ese.

Una profunda y antigua culpa emergió para punzar a Tomás. Hacía tiempo que no la sentía—la vergüenza por aquel error infantil.

No fue mi culpa, pensó amargamente. Nadie le explicó cómo funcionaba. Me sentía solo y confundido por lo que sucedía, y quería ser amable con uno de ellos porque nadie más parecía interesarse en ellos.

Seguridad a través de la ignorancia.

Ahora era evidente. Pero en aquel entonces no lo era.

Si aquel niño de aquel día hubiera contado incluso a una sola persona, probablemente estaría muerto. Y era tan joven. Y tan frágil que debió haberse perdido por hambre antes de que la plaga lo alcanzara.

Tomás lo había elegido por esa razón. Era lo suficientemente mayor para hablar, pero aún pequeño, para que Tomás pudiera robarle del Estudio de los Mayores.

Por supuesto, el niño habría contado.

Maté a uno de ellos yo mismo. Hice el trabajo de nuestros enemigos por ellos.

Solía tener pesadillas con ello. Cuando tenía alrededor de doce años y comprendió por primera vez lo que había hecho.

"¡Sí!", gritó la joven sacerdotisa desde lacapilla, todavía agitando al niño que había desmayado con el dobladillo de su manto. "¡Sí! ¡Eso está bien, Nerth! Canta tú".

"¿Puedo escoger solo la canción que quiera?", respondió el niño. De todos los niños, parecía ser el que menos se preocupaba por el destino de su compañero caído.

Tomás negó con la cabeza y sonrió mientras el niño bajaba a la posición de solista. Se mantenía erguido y respiraba profundamente. El dedo medio de su mano derecha, el más cercano a Tomás, trazaba un patrón contra la tela de su hábito coral.

Oh, eso es un poco extraño, pensó Tomás distraído. Eso parece un hábito de hechicería.

Muchos practicantes hacían eso, o algo similar, cuando comenzaban un hechizo. Trazar los elementos del patrón mientras los construían podía ayudar con la concentración. Y para algunos, el hábito se cruzaba con otras actividades... un tique que salía cuando estaban pensando mucho.

El propio Tomás solía hacerlo con el dedo anular contra la contraportada de los libros que leía. Solo una parte de uno de sus patrones de hechizo favoritos. Le había quedado una callosidad por eso.

El niño abrió la boca y una voz como campana llenó la iglesia.

Es mucho mejor que el otro cantante.

El acento había desaparecido bastante, pero no por completo. Solo añadía al encanto del niño. Sin embargo, había algo demasiado preciso en él, casi como si le importara demasiado asegurarse de que cada sílaba fuera perfectamente clara.

Como alguien habituado a pronunciar hechizos cantados...

Tomás frunció el ceño y examinó otra vez el grabado que el niño hacía con su dedo. Era un patrón complejo, ¿no? No el simple círculo, línea o galimatías que uno esperaría de un niño normal.

Él practica, decidió Tomás. Definitivamente lo hace.

Pero no es aprendiz de Acrest, de lo contrario, no estaría aquí, en esta iglesia.

¿Practitioner insular? Esos son raros.

Los lugares sin magia rara vez daban a luz hijos con ese don, a menos que sus padres ya fueran practicantes. Y a los practicantes no les gustaba vivir en las islas.

Quizá solo sea un acento continental oscuro que desconozco.

Continuó cantando. Varias personas a su alrededor murmuraban con aprobación.

— Oh, es mucho mejor que el pequeño desmayado, sí que lo es — susurró un anciano a su esposa.

— ¿De qué lugar es que viene, otra vez?

— ¿Dijeron Nerth?

No, ese era su nombre, no su procedencia...

El corazón de Tomás se sintió como si alguien hubiera apretado su pecho con un puño. Observó al niño. No su mano esta vez, sino su rostro.

Es demasiado joven.

Sin embargo, no actuaba con la juventud que aparentaba. ¿O sí?

Es demasiado improbable.

Sus ojos.

Sé que maté a ese. Estoy seguro de que lo hice.

Su cabello.

...en su etiqueta dice que su nombre será Kalenerth. Pero eso es demasiado largo, así que debería llamarse Kalen.

Tomás llevó una mano a su boca.

Él tiene magia. Y canta con tanta belleza.

— ¿Estás llorando, joven? — preguntó la anciana con tono preocupado.

— No, no lo estoy — dijo Tomás con la voz ahogada. — Ya no hago eso.